

20. El poder del Espíritu

E. J. Waggoner

Justo antes de ascender el Señor al cielo, dijo a Sus discípulos: «pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.» (Hechos 1:8, RVR1960).

Esta promesa es tanto para nosotros como para aquellos que escucharon Su voz cuando la pronunció; porque todo aquel que conoce al Señor debe ser Su testigo, y nada puede hacerse sin el poder del Espíritu Santo. Dios ha prometido el Espíritu a todos los que lo desean; es decir, a todos los que están dispuestos a recibir, o a someterse a, todo lo que implica la recepción del Espíritu.

La lectura marginal del texto citado anteriormente es: «Recibiréis el poder del Espíritu Santo viniendo sobre vosotros». La pregunta es: ¿Cómo se ha de recibir este poder? ¿Qué debemos esperar y por qué orar? Una cosa puede responderse con certeza, y es que el Espíritu no vendrá a ningún hombre de la manera que él haya trazado. Porque los pensamientos de Dios y el poder de Dios no se ajustan al modelo de la mente del hombre.

Cuando la palabra del Señor encontró a Elías en el desierto, mientras huía de Jezabel, le dijo: «El le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías?» (1 Reyes 19:11-13, RVR1960).

De no ser por la declaración expresa en contrario, habríamos dicho que el Señor estaba en el viento y en el terremoto. Es natural para el hombre suponer que nada menos que un huracán podría revelar el poder de Dios; pero de lo anterior aprendemos que Dios muestra Su poder de maneras más tranquilas. Fue una voz, «una voz apacible y delicada», la que reveló al Señor a Elías. Así será con nosotros.

Dios nos dice: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;

Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra.» (Salmos 46:10, RVR1960). Es «en quietud y confianza» donde reside nuestra fuerza; en volver y reposar encontramos la salvación. Debemos guardar silencio ante el Señor, o de lo contrario nos perderemos la voz apacible y delicada que solo Él revela al alma. Dios puede tronar con una voz terrible, pero no podríamos entender eso; así, Él se nos revela en un susurro. Eso transmite un sonido inteligible a nuestro entendimiento, mientras que el trueno solo nos sobresaltaría y aterrorizaría. Así leemos: «He aquí, estas cosas son sólo los bordes de sus caminos;

¡Y cuán leve es el susurro que hemos oído de él!

Pero el trueno de su poder, ¿quién lo puede comprender?» (Job 26:14, RVR1960).

Jesús estaba en el mar de Galilea con Sus discípulos, cuando «se levantó una gran tempestad en el mar, de tal manera que las olas cubrían la barca» (Mateo 7:24; Lucas 8:39). Los discípulos, aterrorizados, apelaron al Maestro. «Y levantándose, reprendió al viento y dijo al mar: Callad, enmudeced. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza» (Mateo 7:24; Lucas 8:39). ¿Quién que lee esto imagina alguna vez que Jesús levantó Su voz por encima del rugido de la tempestad para calmarla?

No podemos imaginar tal cosa. Solo el hombre débil, consciente de su debilidad, alza la voz al dar órdenes. El tono fuerte se usa con el propósito de intentar ocultar la falta de poder real. El hombre que tiene autoridad, y que sabe que tiene el poder para respaldar sus órdenes, usa un tono bajo. Jesús siempre habló como quien tenía autoridad; así que, al calmar la tempestad, encontramos la misma «voz apacible y delicada» que Elías escuchó.

Esta voz apacible y delicada es la misma voz por la cual fue creado el universo. «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,

Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6, RVR1960). ¿Fue necesario que Dios pronunciara Su voz con truenos para que los mundos existieran? Ciertamente no; una orden del comandante de un ejército, dada en un susurro, es tan efectiva para poner en marcha a las tropas como si se gritara a voz en cuello. Así ocurre con el Rey del universo; el simple aliento del Señor fue suficiente para crear todos los mundos. La voz apacible y delicada que habló a Elías fue la voz que creó. Y es la misma palabra de poder que ahora sostiene todas las cosas (Hebreos 1:3), porque, como se señaló antes, es solo un

pequeño susurro lo que oímos de Él en todas las obras —las «partes de Sus caminos»— de las que sabemos algo.

La mayoría de las grandes manifestaciones del poder de Dios en la tierra son silenciosas e invisibles. Sabemos que el poder está ahí solo por los resultados. Pensemos en los miles de millones de toneladas de agua que el sol eleva constantemente de la tierra a las nubes, para hacerlas descender de nuevo en rocío y lluvia. Ni un solo sonido se oye en todo esto; pero el hombre no puede bombear una taza llena sin mucho ruido. El poder manifestado en el crecimiento de las plantas está más allá de toda concepción humana, sin embargo, no hay sonido. Una planta puede, en su crecimiento, romper una roca, y todo se hace en silencio e invisiblemente. Los cielos declaran la gloria de Dios, pero no tocan campanas ni trompetas. La obra de Dios es tan poderosa que los resultados hablan por sí solos; la publicidad la empequeñecería.

Pero la palabra por la cual fueron hechos los cielos, y por la cual son sostenidos, y por la cual se llevan a cabo todas las operaciones de la naturaleza, es la palabra del Evangelio que se nos predica. Las palabras del Señor son Espíritu y vida. La palabra de Dios es viva y eficaz (Hebreos 4:12), y obra eficazmente en todos los que creen en ella (1 Tesalonicenses 2:13). El Salvador sopló sobre los discípulos, diciendo: «Recibid el Espíritu Santo.» (Juan 20:22, RVR1960). Fue el mismo aliento por el cual fueron hechos los mundos, y por el cual son sostenidos. El poder del Espíritu, por lo tanto, es poder creativo, y eso está en la palabra del Señor. Y así podemos saber que el poder del Espíritu Santo, que Cristo prometió a Sus seguidores, viene solo a través de Su palabra.

Dios nos habla en Su palabra. La palabra de Dios es la espada del Espíritu (Efesios 6:17). Es el Espíritu el que convence de pecado (Juan 16:7, 8), y lo hace por medio de la ley; porque «Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.» (Romanos 7:14, RVR1960), y «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.» (Romanos 3:20, RVR1960). Lo primero, por lo tanto, que hace el Espíritu cuando viene es convencer de pecado. Si se acepta la repremisión y se reconoce el pecado, entonces el poder del Espíritu se manifiesta al quitar el pecado. Convence de justicia. Si la repremisión es rechazada, entonces, por supuesto, el Espíritu es resistido, y Su poder no será dado a esa persona. A medida que se atienden las repreensiones que el Espíritu da a través de la palabra, la palabra permanece dentro, y la vida

es moldeada por ella. Tal persona es entonces guiada por el Espíritu. Como resultado de prestar atención a la repremisión,

el Espíritu es derramado (Proverbios 1:23), y por supuesto su poder se manifiesta en aquellos sobre quienes es derramado.

Así parecerá que es una total locura y burla orar por el derramamiento del Espíritu de Dios, mientras estamos rechazando cualquier repremisión, o acariciando cualquier pecado señalado por la palabra de Dios. El oficio del Espíritu es guiar a toda verdad, y por lo tanto, orar por su derramamiento significa entregarnos sin reservas a cada mandamiento de Dios. Si hacemos esto, Dios nos dará Su Espíritu sin medida. No se dará simplemente para nuestro placer, sino que se da para que seamos testigos del Señor. El derramamiento del Espíritu da a conocer las palabras de Dios, para que podamos dar a conocer al mundo esas palabras de poder.

Pero todo esto será sin jactancia ni ostentación, aunque será la manifestación de poder más grande jamás conocida entre los hombres. El Señor dice: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia.» (Isaías 42:1-3, RVR1960). Esa es la manera en que el Señor obra por el Espíritu. Él traerá juicio conforme a la verdad, obrando con tal poder que las naciones se asombrarán, sin embargo, con tal mansedumbre que ni siquiera la caña cascada será quebrada, y el pábilo que apenas arde no será extinguido. No será el poder de la tempestad, sino el poder de la luz solar y del crecimiento de las plantas.

El poder que el Espíritu da, por lo tanto, es el poder que obra en toda la creación. Es el poder de la palabra de Dios, y se manifiesta solo en aquellos que están plenamente entregados a esa palabra. Dios dice: «Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.» (Isaías 55:10-11, RVR1960). El Espíritu también es comparado con el agua; es «derramado» como la lluvia (Véase Isaías 44:3). El poder del Espíritu en el hombre será, por lo tanto, el poder que se pone en operación

cuando la lluvia cae sobre la tierra. ¿Quién cederá a esa bendita influencia? «Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios;» (Hebreos 6:7, RVR1960). Así como la tierra produce fruto, así nosotros debemos producir justicia (Isaías 61:11). Por lo tanto, es tiempo de buscar al Señor, hasta que Él venga y haga llover justicia sobre vosotros.

PT, 11 de enero de 1894